

EL MILAGRO DE MILAGROS

Era una mujer muy hermosa de veinticuatro años cumplidos. La mala suerte que la acosaba desde hacia ya un largo tiempo, se debió, exclusivamente, a su belleza pues a muy temprana edad fue seducida por un irresponsable que la embarazó en dos oportunidades y luego viajando al extranjero, con el pretexto de buscar trabajo, porque “en el país la situación era desesperante” – la abandonó a su triste destino y nunca más le envió dinero ni le escribió carta alguna, hechos que, por lo menos, la hubieran reconfortado manteniendo encendida la llama de su amor. Porque ella siempre lo quiso; tanto que transcurridos tres años de la ausencia del mal hombre aun mantenía vivas las esperanzas de que le enviara los pasajes para ella y los dos hijitos y así reuniéndose con él, coexistir unidos y felices para siempre.

Lamentablemente, nada de ello ocurrió. Lo real, sin embargo, fue que la arraigada vocación de estudiar Enfermería – algo que siempre ansió – quedó trunca debido al primer embarazo y, luego, ya en forma definitiva, porque debió dedicar su tiempo y empeño a conseguir empleo para mantener a los niños que a la fecha tenían siete y seis años de edad. El día que el miserable la abandonó, su segundo hijo cumplía tres añitos.

Había nacido en Lima, en el distrito de San Juan de Lurigancho. Su padre natural de Tarma y su mamá de Pucallpa. De su progenitor heredó el carácter recio y el temperamento reservado. De ella, las agraciadas facciones, el voluptuoso andar y el espigado y cimbreante cuerpo que al admirarlo invitaba a soñar despierto en mil aventuras galantes. Sus ojos eran realmente hermosos: grandes y avellanados, negros y profundos; incapaces de permanecer quietos, atolondraban a quien los viera con sus insinuantes parpadeos; y, ese mirar cálido que poseían transmitía susurrantes promesas que involucraban voluptuosos placeres. Sirviendo de ornamento a su rostro, una cabellera negra, más negra que azabache, se prolongaba casi hasta llegarle a la cintura; los cabellos lacios que la conformaban, mostrando el exquisito cuidado que su dueña les dispensaba, refulgían en fulgurantes destellos cada vez que un haz de luz cometía la osadía de incidir en ellos.

Vivía en la casa de sus progenitores. Con ellos mantenía una relación muy estrecha y afectiva; no así con su madre, que no le perdonaría jamás y con justificadísima razón, el haber actuado en forma tan irresponsable al dejarse embarazarse hasta en dos oportunidades y no haber adoptado, con la oportunidad que el caso ameritaba, medidas que hubiesen garantizado tanto el apellido como el futuro de sus hijos; sin embargo, la aceptaron a ella y a sus retoños cuando, al ser abandonada por el canalla, prefirió no continuar viviendo en la casa de la familia de él. Sus padres, a modo de consuelo, le habían ofrecido los aires de la casa, para que allí se construyera un cuartito, desahogando de paso, el hacinamiento que padecían pues, además de ella, también sus tres hermanos de dieciséis, catorce y diez años de edad – compartían el estrecho entorno que constituía el hogar paterno.

A la razón, se encontraba trabajando en una confitería ubicada en el distrito de San Isidro, por las intermediaciones de la urbanización Corpac. Solo le pagaban el salario mínimo; tenía que laborar, además los domingos y feriados; a cambio de ello, contaba con un día de descanso por semana. Para ella, esta fecha era sagrada: parte la destinaba a disfrutarla en compañía de sus dos menores hijos y el resto a padecerla entregada a la aburrida tarea de lavar ropa, tanto la perteneciente a ella como a la de sus niños, acumulada durante la semana vencida.

Era, pues la suya una vida monótona – como los grises amaneceres invernales – y mísera – como bolsillo de pobre; sus ingresos no le alcanzaban ni para satisfacer las urgentes necesidades vitales y por lo tanto siempre estaba endeudándose con amigas y parientes. Su padre, cuyo oficio era el de técnico electricista, apenas si ganaba lo suficiente para mantener a su propia familia y, por lo tanto, a pesar de la buena intención de que la hacía gala, era poco o nada lo que podía colaborar con su primogénita a fin de aliviarle la precaria y crónica situación económica que permanentemente padecía. De fiestas y reuniones no quería saber nada; solo asistía a aquellas limitadas al reducido ámbito familiar.

Se llamaba Milagros.

Rafael era un ingeniero de éxito. Hacia dos años que había cumplido sus Bodas de Oro profesionales. Entre sus colegas, gozaba de un ganado prestigio y de un marcado ascendiente, como lo demostraba el hecho de haber sido elegido miembro de la directiva de una serie de instituciones gremiales las que, además, en algunas oportunidades, hasta llegó a presidirlas.

En el aspecto personal, Rafael podía sentirse orgulloso por haber constituido un respetable y sólido hogar, que contaba ya con una vigencia de cuarenta y cinco años, bendecido por la presencia de cuatro hijos y once nietos, con los cuales, en el devenir de los años, fue cimentando una relación de amistad duradera y fluida que rebasaba a aquella derivada de la jerarquía generacional.

Su esposa, que de joven lució una impactante belleza y cuyos rezagos aun se podían apreciar, al igual que los vinos añejos, con el transcurrir del tiempo fue modelando y dulcificando personalidad y carácter, al extremo que su numerosa descendencia la rodeaba con una sincera e inocultable devoción.

Rafael había acumulado, como producto del ejercicio de su profesión, un pequeño capital que le permitiría disfrutar de una vejez tranquila y sin sobresaltos originados por la precariedad del dinero. Poseía una residencia confortable y espaciosa en La Molina y una casa de campo, heredada de sus padres, ubicada en Santa Eulalia, a la cual la familia entera se mudaba todos los años con la finalidad de escapar de la deprimente estación invernal de Lima.

Gozaba de una magnífica salud; no sabía de regímenes ni de tratamientos médicos. A pesar de su edad – franqueaba ya los setenta y cinco años – se mantenía en forma practicando diariamente ejercicios ligeros, los que además le permitían lucir una figura esbelta. Algo, sin embargo, le preocupaba a Rafael. Dos años atrás fue sometido a una operación a la próstata y desde tal fecha no había vuelto a tener una relación sexual. Experimentaba, pues, una sensación de inseguridad, la misma que nunca compartió con nadie, pero que, algunas veces, lo deprimía aun cuando siempre al final terminaba superándola. Después de todo, se consolaba reflexionando en que a su edad ya no se debe estar pensando en esos placenteros pero agotadores menesteres.

Se conocieron en la confitería. Al poco tiempo, sincerándose, ella le empezó a narrar su situación; dos semanas más tarde le preguntó sobre la posibilidad de que le vendiera una bicicleta, ya en desuso, perteneciente a alguno de los nietos, porque se aproximaba el cumpleaños de su hijito mayor. Este tímido pedido terminó por conquistar a Rafael, quien desde el primer instante había quedado prendado por la impresionante belleza de Milagros. Acudieron a la avenida Arenales a comprar la bicicleta; luego la invitó a tomar el té y después de dos horas, de agradable y amena tertulia, la instaló en un taxi para que la transportara a su casa.

Fue la primera salida y el primer regalo. A partir de este momento los encuentros tuvieron lugar dos o tres veces por semana. Empezó a desearla con ansias crecientes y ella, posiblemente urgida por su crónica falencia económica, le pedía prestado, y tímidamente hasta le exigía, cantidades módicas de dinero que Rafael le regateaba porque, naturalmente, esperaba alguna retribución a cambio de eso; hecho que, para su desesperación, aun no ocurría; mas que nada – pensaba él – por la lógica desconfianza de la muchacha de entregarse a una relación íntima con un hombre casado y que, además, fácilmente le triplicaba la edad.

A fin de ganar su credibilidad y confianza, le empezó a entregar dinero en forma reiterada y cada vez más generosa y frecuente y a hacerle obsequios más y más significativos: ropa para ella y sus hijos, juguetes, un radio, un equipo de sonido, un teléfono celular, un televisor, pequeñas joyas, etc.

A pesar de todo ello, después de cuatro largos meses, la situación era prácticamente la misma. Unos cuantos besos, en el asiento delantero del automóvil, era todo lo logrado por el confiado de Rafael. Le hablaba sin embargo, de la forma cómo los dos lograrían complementarse: ella, poco a poco, iría adquiriendo cosas para su casa; criaría y educaría

mejor a sus hijos; si lo deseaba podría estudiar alguna profesión corta que le permitiera enfrentar la lucha por el sustento diario con mejores posibilidades. En él volvería a renacer todo aquello que ya había considerado enterrado, se realizaría con una hermosa y joven mujer; y, ambos, en conjunto, se beneficiarían con una relación respetuosa y serena limitada a uno o dos encuentros semanales; de cuando en cuando, disfrutar la noche juntos y, quizás, hasta hacer uno o dos viajes de corta duración, anualmente, por algunas ciudades del país.

A todo esto, Milagros le rogaba que le tuviera paciencia; aseguraba quererlo mucho, pero requería tiempo para tomar la decisión correcta; confesaba que por las noches, antes de dormirse, lo deseaba con locura, pero que al levantarse la prudencia se posesionaba de sus sentimientos. Estaba, a pesar de todo ello, convencida de que, tarde o temprano, se convertiría en su pareja.

Hasta en dos ocasiones Rafael creyó haber conseguido su objetivo. Pero cosa rara, por su propia voluntad – en la misma forma en que nuestros futbolistas, por hacer una quimba de más, desperdiciaban la oportunidad de marcar el ansiado gol- las dejó pasar porque empezó a inquietarlo, en forma cada vez más gravitante, una duda respecto a su capacidad de macho activo. Tanto le llegó a preocupar esta situación que era Milagros quien ahora tomaba la iniciativa al creer que su propia indecisión, al no darle aún la respuesta confirmativa, era el motivo por el cual él estaba tan decepcionado.

Rafael no se sentía bien. Acudió a su médico y amigo de confianza para exponerle la preocupación que lo embargaba y para que le aconsejara en la forma que debía actuar. Lo primero, le dijo el facultativo, era someterse a un examen cardiológico completo para luego, de acuerdo al resultado, aplicar la terapia correcta. Las cosas, de hecho, se le complicaban, pero sólo recordar a Milagros era motivo más que suficiente para proseguir con sus planes. Al final, se le recomendó ingerir una tableta de Viagra de 50 mgs, unos treinta minutos antes de la acción propiamente dicha. Rafael, hombre precavido, en la eventualidad de que la dosis prescrita no arrojase el resultado esperado, se premunió de dos tabletas de 100 Mg.

Hasta que llegó el día tantas veces anhelado. Se dirigieron a un hostel ubicado en la avenida del Ejército, en Miraflores. Al transponer el umbral y cerrar la puerta de la habitación, lo último que pensó Rafael, en medio de su inocultable y lacerante nerviosismo, fue en una angustiada invocación: Dios mío, Dios mío, tú sabes cuánto tiempo he deseado poseer a esta mujer por favor, te lo suplico ¡Dios mío, por favor, concédeme este milagro!

ooo0ooo

Lima, Diciembre de 2005

Por: Manuel Escalante.